

# Fragmentos de Diario de un escritor

## Mario Escobar Velásquez

\*\*\*

Cada autor puede hacer de su novela lo que a bien tenga, siempre que sepa qué hace. Una novela no es únicamente una acumulación de palabras demasiadas, o hechos, o de caracteres de personajes, o de éstos, sino una unión armónica de todo eso con un fin determinado. Este fin lo subordina todo. Es decir que la novela es proclive, debe obedecer a un plan. En una buena novela no hay una sola palabra sin objeto. Ningún hecho, ningún carácter. Nada sobra, y desde luego no falta nada. No hay que dejar a los personajes a que hablen por su autor, expresen sus opiniones, etc. Los personajes deben ser ellos mismos, no calco de quien los creó.

\*\*\*

Ninguna buena novela separa a sus personajes del entorno: vibra éste con ellos, ellos vibran con él. Van interminablemente juntos como los hermanos siameses. El autor que no logra acomodar el escenario dentro de la obra, y a sus personajes en él, tan real

que se toque, vea, oiga y huela, ha hecho poco o nada.

\*\*\*

Un escritor es, necesariamente, todos los escritores que le precedieron. Para no citar sino al idioma y a la técnica, halló a uno y otra estructurados y pulidos. Para aprehender a uno y otra le bastó con leer infatigablemente los escritos de esos escritores antecesores. Y entonces tiene lo que Quevedo y Góngora y Lope de Vega y Cortázar y Camus y Sartre y Borges y Hemingway y Steinbeck y Capote y Maugham tuvieron, aprehendido. Así, tal vez hasta esa ristra ilustre de ciegos que se llamó Homero. Lo único propio en un escritor es el estilo. Porque a veces las historias son propias, pero a veces las topa y se las bebe para después verterlas. Llamar mía a una novela que he escrito me pareció siempre una exageración. En ella hay muchísimo de otros, y basta ser un poco humilde o razonador para entenderlo así. Si acaso, si llego a ser tan bueno como deseo, pondré en esa corriente enorme de la

literatura unas gotas de técnica o algunos brillos para el idioma. Puestos, dejarán de ser míos para ser de todos.

\*\*\*

Casi entero el día metido en la melancolía, como en una piscina. Una melancolía viscosa. Es que en la mañana me encontré con quienes me compraron la finca de Urabá, sobre el río León, abajo del caño Tumaradó, y la recordé. Se habló poco de ella, porque cuando querían decírmela, yo variaba. Y después estuve reorganizando el capítulo primero de Canto rodado, que publiqué en alguna parte como cuento bajo el título “¿Qué es un siglo patrón?”, que ocurre allá en esa finca.

Recordé el pasto, seco en el verano, y amarillo, pero que a la menor llovizna enverdecía como la esperanza. Y al río perezoso y como dormido, pero con tanta potencia en sus aguas, que no mostraba. Y a la selva innúmera, que entonces dominaba en la región. Y al sol bravo.

Recordé a

Fela (por Felicita) que es el personaje

femenino de ese capítulo, y que yo traspolé a india fantasma. Y recordé a todos los amorosos escauceos que nunca culminaron, y a los cuales siento todavía como un vacío muy parecido a la sed.

Todo lo recordé, incluido el allá fui feliz, y que no olvido. Fui feliz, sin saberlo, así como se es joven sin entenderlo. Juventud y felicidad sólo se saben en la inmensidad de su valor al perderlas. Como los paraísos. Como el dinero. Como las mujeres. Pero no sabía por qué me ponían así agrio el día, hasta que recordé lo que la saudade es: tristeza de lo que ya no está.

¿Qué importa? La vida me ha cambiado en otra de sus muchas veces. Allá escribí Un hombre llamado Toderó, y terminé mi primera novela. Allá tuve lo menos de cosas materiales que era posible: un jergón, un mosquitero, una mesa para escribir, cuatro trastos de cocina baratones, ni energía

eléctrica,  
ni agua



corriente, pero sí libros a montones.

Tampoco mujer salvo en los escarceos con Fela. En cada vez que salí de allá, para volver, paré al otro lado del río para mirar la casa que yo mismo me hice casi entera, y el pedazo de paisaje que me cabía en los ojos. Siempre salí triste, y volví alegre. Pero cuando salí para no volver no torné la cara. Le temía a convertirme en estatua de sal, como la mujer de Lot, por no aceptar los avatares.

Pero estaba recordando el final de la novela Don Segundo Sombra, de Ricardo Güiraldes: “me fui como quien se desangra”.

\*\*\*

Algunos escritores hablan del “lector” en el cual piensan cuando escriben, para agradarlo. Salvo las cartas, que suelen ser privadas y tienen un destinatario fijo, “el lector” no tiene entidad, sencillamente porque no hay dos iguales, con la misma cultura, los mismos gustos, etc. El escritor no puede plegarse a todos. En su variedad son los lectores los que deben adaptarse al escritor.

Cuando escribo no pienso sino en lo que escribo, batallando con las palabras para que digan lo que yo quiero, como yo quiero que lo digan. Es toda una lucha: las palabras son esquivas, quieren desbandarse y uno las quiere unidas. Me recuerdan al ganado de Urabá cuando había que meterlo en corraleja para vacunarlos. Yo solía decir que era mío

solamente cuando ya lo tenía encerrado donde yo quería. Lo mismo son las palabras.

\*\*\*

Aunque no me apego a la vida, o eso es lo que creo cuando menos, y a ratos quiero dejarla porque me carga, y tampoco quiero huesos viejos más frágiles que el vidrio, respeto empero a todo lo vivo con un respeto fanático.

Yendo ahora en el carro hacia Rionegro en procura de algo que mi dueña requería, una de esas lindas mariposas emigrantes, verdes, refulgentes, chocó contra el parabrisas y se desflecó contra él. ¿Qué ruido puede causar un poco de seda verde de alas y un abdomen blando? Pero al golpe lo sentí como a un mazazo en el alma, y me dolió desgarradoramente.

Fui y vine despacio, y entonces podía verlas y frenar para no dañarlas. Aunque son una riada inmensa, de millares de individuos, esa muerte me dolió, como las de muchas otras que pude observar tiradas en el pavimento. Me duelen doble, porque a más de ser vivas, son bellas.

\*\*\*

No recuerdo si alguno haya dicho que la felicidad no es un punto de llegada, sino ir hacia él. Parece tan obvio que sí deberán haberlo dicho, aunque yo no lo recuerde. Ahora, con todo eso de hacerme mi casa de

campo en el lote mío, que compré con dineros de mi trabajo literario, lo aprendí muy bien aprendido.

También es hacer: hacer uno mismo con sus manos, su tiempo, su inclinación. Es sembrar, aunque no vaya uno a comer de los frutos de sus frutales.

Es tener ganas, y, satisfechas, buscarse otras. Ganas sencillas y realizables, no imposibles. Esas cosas como añadidas a la creación.

En el día de hoy fue hacer las brechas para los cimientos de la casa. Sol en la espalda, y sudor a chorros. Y ahora manos más cansadas que arden y palpitan. Palpitan. Arden.

\*\*\*

En esta mañana, estando despierto, a eso de las 6 y media, sentí afuera a la voz que me gritó: “¡Mario!” contesté con el antioqueño: “¿Qué hubo?” Como no hubo otra voz, salí. No había nadie. Los perros no oyeron, y callaban. La llamada era únicamente para mí. ¿De qué distancias vino esa voz?

\*\*\*

Ser don Efe Gómez y no don Tomás Carrasquilla.

\*\*\*

Si los “honorés” consiguieran hacerlo a uno mejor hombre o buen escritor, pudieran desearse. Pero no lo hacen. Nada logra que

uno sea mejor, sino uno mismo. Nada externo lo logra. Nada hace que uno escriba mejor, sino uno mismo empeñoso en lograrlo. Los “honorés” satisfacen al ego. Si es que se lo tiene inflamado.

\*\*\*

En la charca que se hace después de la cascadita de más arriba, abajo en la quebrada cantora, bailan desde ayer, presos de su liviandad, un galón, una botella, un frasco y una pelota. Los colores, en el mismo orden, son: amarillo, verde, negro, rojo y azul dúplices en la pelota.

Parecen vivas esas figuras que trazan sobre la piel del agua giros espléndidos, y real el baile. Parece que lo gozaran. A veces, por ratos, permanecen en los giros con el mismo orden, pero luego lo varían. La variedad de conjuntos es amplísima.

Son cosas simples, desechadas y sin valor, y agua jabonosa, inmunda, servida de menesteres desagradables, que hacen empero un conjunto gracioso, bello, sin que se fuerce al término.

La belleza es así.

Tal vez soy yo quien la extraigo de mí y la entrego a esa danza ya tan larga. La belleza no es algo absoluto que a todos conmueva. La belleza es una correspondencia entre algo y el espíritu. Como los imanes, tiene dos polos.

\*Mario Escobar Velásquez (Támesis, 1928-Medellín, 2007), fundó y dirigió por más de veinte años el Taller de Escritores de la Universidad de Antioquia; así mismo, coordinó otros en instituciones públicas y privadas. Publicó las obras: Cuando pase el ánima sola, Un hombre llamado todero, Marimonda, Toda esa gente, Antología comentada del cuento antioqueño, En las lindes del monte, Historias del bosque hondo, Canto rodado, Con sabor a fierro y otros cuentos, Cucarachita nadie, Historias de animales, Vida puta, puta vida, Del fervor de la crónica: veintiocho muestras, Tierra de cementerio, Muy caribe está, Urabá, en hechos y en gentes 1502-1980, Diario de un escritor. Extractos, Relatos de Urabá y Cuentos completos (2 vols.). Los fragmentos aquí incluidos fueron extractados, con autorización, del libro Diario de un escritor. Extractos, publicado por la Editorial Universidad de Antioquia (Medellín) en 2001, pp. 15, 18-21, 28, 44, 182, 234, 359.